

El límite, la marca y la huella. Reflexiones acerca de la construcción de identidades socioculturales en América Latina

VALERIA MARINA ELIZALDE
Asociación Latinoamericana de Sistemas – ISSS
Universidad Nacional de La Pampa
velizalde@cpenet.com.ar

RESUMEN

En el presente artículo se indaga, desde una perspectiva sistémica, la dinámica dialógica y dialéctica de los procesos de construcción de identidades de actores socioculturales en América Latina en el devenir socio-histórico. El artículo expone, primeramente, los fundamentos del enfoque asumido y luego, presenta un caso histórico (Lima, siglo XVII) a fin de ilustrar la flexibilidad de dicha perspectiva para el estudio de problemas complejos, como lo es el de la identidad.

PALABRAS CLAVE

Identidad - discursos - complejidad - perspectiva sistémica - lógica relacional.

ABSTRACT

In the present article there is investigated, from a perspective systemic, the dynamics dialogic and dialectical of the processes of construction of identities of socio cultural actors in Latin America in historical associate develops. The article exposes, in the first place, the foundations of the assumed approach and then, presents a historical case (Lima, 17th century) to illustrate the flexibility of the above mentioned perspective for the study of complex problems, since it is that of the identity.

KEY WORDS

Identity - discourse - complexity - systemic perspective - relational logic.

OTRA MIRADA A LA CUESTIÓN DE LAS IDENTIDADES LATINOAMERICANAS

La cuestión de la identidad es, sin dudas, un aspecto constitutivo y particular del debate intelectual, de la agenda política y de la praxis social en Latinoamérica. En efecto, puede constatarse, desde los tiempos de la Conquista y colonización, atravesando los procesos emancipatorios hasta la actualidad, una profusa y diversa producción sobre la temática, generada desde diferentes ámbitos sociales del saber y del poder (político, institucional, académico, dogmático, religioso, etc.), cuya historización rebasa las pretensiones de este artículo.

Esta empresa de búsqueda de la identidad común –esto es, lo que significa *ser latinoamericano*–, que lleva siglos de producción, se ha expresado en un discurso dominante que, con matices, ha repetido los presupuestos fundantes del poder colonial y sus implicancias fácticas.

En términos generales, ha dado lugar a discursos que integran al *otro*, lo absorben y lo relegan a un rol subalterno; son discursos que homogeneizan las diferencias, silencian su voz y niegan su autonomía como sujeto¹.

Pero en la actualidad, tales discursos están en jaque. En efecto, la cuestión de lo que significa *ser latinoamericano* ha cobrado una nueva vitalidad que, sin dudas, está ligada al debate conceptual sobre los fundamentos de la pro-

¹ En términos generales, puede advertirse que en el devenir de dichas producciones se han acentuado herencias y pertenencias que supuestamente constituirían la identidad latinoamericana. Así unos han destacado el origen prehispánico, otros han cuestionado o redimido el pasado colonial, o bien han combinado los componentes, según el contexto sociocultural, el sujeto enunciator y *locus* de enunciación. De todos modos, tales discursos han recurrido, básicamente, a dos tipos de estrategias homogeneizantes. Por un lado, están los discursos que niegan y omiten las especificidades y la autonomía del otro indígena como sujeto distinto, en tanto éste es percibido como sujeto ajeno a cierto cometido institucional. Por el otro, están los discursos que si bien afirman una supuesta propiedad particular que define al colectivo latinoamericano, a partir del reconocimiento de la existencia preeminente de la comunidad indígena, suprimen, al mismo tiempo, la heterogeneidad interna de la cultura latinoamericana. Para ilustrar, mencionamos algunas trayectorias que se han ocupado del tema: las visiones naturalistas y tradicionalistas que soportan las ideologías nacionalistas y la legitimación de las representaciones folclóricas y homogeneizadoras de las identidades culturales, así como de las teorías marxistas que tratan los procesos culturales como reflejos de las condiciones económicas.

ducción científica en todas las disciplinas y al desarrollo de nuevos enfoques², aspectos que definen la faz de la ciencia en las últimas décadas. Asimismo, dicho debate está íntimamente vinculado a los complejos procesos que caracterizan la emergencia de una sociedad mundial global³.

En pocas palabras, los cambios teóricos están indisolublemente ligados a los cambios en el modo de vida.

Quizás, fue el cambio de ubicación en el sistema mundial que experimentó el estado nacional (matriz de todos los estudios sistémicos, de las ideas de modernidad y racionalización, y de conceptos de desarrollo monológicos y unilineales) el que generó mayores dificultades a la hora de ofrecer respuestas plausibles de cara a las tendencias predominantes, dando lugar a fuertes cuestionamientos, posturas contrarias y a la configuración de enfoques alternativos.

Todo, en su conjunto, conmovió las bases epistemológicas, filosóficas, metodológicas y sociales del discurso científico y de la percepción del rol y funciones de sus principales actores (investigadores⁴, academias). Las Ciencias Sociales no quedaron fuera de tales fisuras que conllevaron, con el tiempo, a reacomodamientos profundos⁵.

² Un panorama general pero agudo de las “rupturas” que ocupan las discusiones académicas en torno al cuestionamiento de los “viejos fundamentos”, puede leerse en las últimas producciones de Denise Najmanovich (disponibles on line en: http://www.denisenajmanovich.com.ar/htmls/0301_textos.php).

³ Como en el caso anterior, escapa a las pretensiones de este estudio explicitar los múltiples abordajes y el desarrollo de diferentes conceptualizaciones que acerca de dicho proceso se han sucedido en las últimas décadas, especialmente desde la década de 1990.

⁴ Nos referimos a esa visión, más o menos generalizada, que consideraba al científico social, básicamente, como (re)productor de discursos “verdaderos”, como vocero y registrador de fútiles enunciados de grupos y actores socioculturales ligados al poder instituido.

⁵ En una primera aproximación puede observarse que a pesar de algunas influencias recibidas en los últimos veinte años, las Ciencias Sociales en el mundo en general siguen siendo, en gran medida, dependientes de una visión positivista y modernista. Se aprecia la acumulación de saber por el saber mismo, predomina el culto del “dato”, las discusiones teóricas se han reducido a la exégesis de un canon de autores “clásicos” de la tradición grecorromana, medieval, moderna y contemporánea europea y norteamericana y sigue prevaleciendo la ilusión de poder “fotografiar” la realidad y de reproducir una “verdad” que estaría fuera del proceso mismo de conocimiento. En el caso específico de la historiografía, los “grandes relatos” basados en las distintas corrientes estructuralistas, marxistas o no, fueron sustituidos por historias segmentadas, regionales, de género o microhistorias. Pero tales giros, que volvieron anacrónicas las teleologías modernistas para la periodización de los procesos estudiados, no implicaron un reemplazo efectivo, en términos de cambio de fundamentos y emergencia de perspectivas capaces de dar cuenta de la multiplicidad y complejidad de los hechos y procesos que ocurren en la realidad (pasada, presente), ni de las múltiples y simultáneas dinámicas de

Al respecto, aunque sin entrar en mayores detalles, nos interesa destacar algunos aspectos que la metamorfosis que experimenta la ciencia en las últimas décadas ha puesto en evidencia, y que han generado rupturas y conmoción en las certidumbres que nos amparaban.

Mencionamos, entre otros, las siguientes evidencias: los anacronismos y limitaciones de los modelos explicativos sustentados en los postulados epistemológicos, filosóficos, metodológicos y lingüísticos de la ciencia positivista; la existencia de un desajuste sustantivo en una dimensión fundamental de la producción científica, a saber, la concepción del lenguaje científico como descripción objetiva de lo real sin dar cuenta de la desconexión entre los conceptos teóricos y los objetos de la experiencia referenciados y omitiendo, además, los procesos de significación y la dimensión formativa del conocer; las múltiples limitaciones que conlleva la metáfora representacionista⁶, la cual, al escindir el conocimiento de la realidad, la forma del contenido en forma dualista y excluyente, hizo invisible al sujeto para sí mismo, e impidió considerar el aspecto formativo, poético, activo del acto cognitivo y así como recursividad que lo afecta y constituye.

La explicitación de tales falencias, en una etapa signada por el cuestionamiento generalizado de los fundamentos de las disciplinas, si bien genera inquietudes y vacíos, también puede percibirse como una oportunidad para abrirse hacia las perspectivas de la complejidad⁷, para reflexionar acerca de las posibilidades y potencialidades creativas que nos ofrecen.

De hecho puede advertirse que el eje sobre el que pivotean tales perspectivas refiere el pasaje de una concepción estática y aislada del ser (tanto a nivel epistemológico como ontológico) hacia una perspectiva interactiva y dinámica, que concibe un espacio cognitivo que permite dar cuenta de los fenómenos

un mundo en movimiento, ni de las largas duraciones activadas por la aparición de nuevos sujetos de soberanía.

⁶ Utilizamos la expresión de metáfora representacionista para referirnos a la ciencia (como proceso y como resultado) que se corresponde con la epistemología positivista y con el paradigma de la simplicidad en tanto postula que el conocimiento es un reflejo interno en el sujeto del mundo externo, que el sujeto es un observador externo neutral y objetivo.

⁷ En este trabajo se asume que la complejidad es ante todo una concepción del conocimiento en la que la teoría no está desconectada de la praxis, ni el sujeto de su entorno. La complejidad refiere a ese movimiento capaz de dar cuenta del saber como *poiesis* (producción-creación) de mundos materiales y simbólicos. Los abordajes de la complejidad restituyen su lugar a la *poiesis*, a la praxis y al saber hacer colectivo; ni omiten ni niegan lo irregular, lo ambiguo, la transformación, las interfases, las configuraciones, la integración, lo emergente como dimensiones posibles del conocimiento legítimo. Además, postulan la producción de sentido contextual, en la cual se entrelazan e integran los desarrollos anteriores y progenitores y los nuevos, en una dinámica relacional y dialéctica.

no lineales, auto-referentes, autopoieticos, dinámicos e interrelacionados implicados en la producción de sentidos y conocimientos. Todas comparten una misma pauta que las conecta: reconocer que todo es más que la suma de las partes; que la realidad –en cualquier escala– es como una totalidad organizada, relacional y compleja en permanente interacción con otras totalidades. Lo común que conecta la complejidad con sus diversas perspectivas, es el reconocimiento de la lógica vincular, dinámica y progresiva, como condición de posibilidad del conocimiento⁸.

En virtud de lo dicho, consideramos que resulta prioritario potenciar los esfuerzos destinados a reforzar nuestra capacidad crítica para brindar, en las diversas y complejas sociedades en las que vivimos, otras maneras de “mirar” la realidad y de mirarse a sí mismas y a las demás, y evitar, en lo posible, correr el riesgo de la desintegración de la diferencia autónoma en el vértigo global del sinsentido.

Sabemos que para ello hay que trascender el pensamiento binario, dejar de lado los tópicos duales (lo propio/lo ajeno; civilización/barbarie; ciudad/campo; nación/imperio; metrópolis/colonia, etc.) que sustentaron, por siglos, los discursos que se ocuparon de la temática de la identidad latinoamericana, mediante la configuración de una perspectiva epistemológica que permita dar cuenta de la complejidad que implica la construcción de identidades socio-culturales sin acotarse a reduccionismos, dicotomías, legalidades absolutas y causalidades lineales.

Sostenemos que, en las Ciencias Sociales, la clave para acceder a otras formas cognitivas consiste en asumir una perspectiva sistémica –propia de la complejidad– en su desarrollo más actual, definido por Richard Jung⁹. Se

⁸ Cabe aclarar que se entiende que los vínculos no son conexiones entre entidades (objetos o sujetos) preexistentes, ni estructuras fijas e independientes, sino que los vínculos emergen simultáneamente con aquello que enlazan en una dinámica de autoorganización. Por ello, se piensa en términos de un universo diverso en permanente formación, configuración y transformación, en donde se reconocen unidades heterogéneas, ensambles dinámicos, entramados que no tienen un sentido unívoco, ni están completamente determinados; aunque también se admita que existen constricciones que simultáneamente permiten ciertas evoluciones e impiden otras.

⁹ RICHARD JUNG, “Teoría postmoderna de sistemas: una fase en la búsqueda de una teoría general de los sistemas”, Revista *Estudios Sociológicos*, N° 2, año 71, vol. XXIV, Colegio de México, 2006, pp. 451-461. Sin pretender ahondar en detalles, recordemos sintéticamente algunas trayectorias significativas. La noción de sistemas abiertos resultó crucial para el desarrollo de un pensamiento genuinamente dinámico. Fue un primer paso hacia la complejidad, un paso fundamental y profundamente innovador, pero no suficiente. La Teoría General de Sistemas junto con la Cibernética de primer orden dieron los primeros pasos que hicieron posible salir de los modelos lineales y comenzar a pensar las retroalimentaciones (*feed-back*)

trata de una perspectiva dinámica e interactiva que flexibiliza y enriquece la manera de pensar lo social mediante un análisis centrado en la lógica vinculante, dialéctica, dinámica que acepta la integración del sujeto en el objeto¹⁰. Sin dudas, una de las claves de su potencialidad heurística descansa sobre la dinámica vincular, concebida como la fuente de donde surgen las entidades, las relaciones; los sistemas complejos, que son siempre unidades heterogéneas en intercambio permanente con un contexto activo. Ni los elementos, ni las relaciones, ni la unidad, ni el ambiente, existen antes o independientemente de tal dinámica.

La perspectiva sistémica explicitada abre las puertas a una comprensión relacional e interactiva de los hechos y procesos e instala una metáfora que logra pasarse por alto a sí misma y encontrar su significante en su significado, su presencia en su representación, su condición de posibilidad en lo que anuncia, la explicitación del límite en el que las cosas despliegan y muestren, en relación con las otras, su diferencia.

En esta línea entendemos que la indagación socio-cultural y socio-histórica que se ocupa de los procesos de construcción de discursos sobre la identidad latinoamericana se presenta como un ámbito propicio para intentar reconfigurar, ampliar los límites y las dimensiones del espacio cognitivo desde el cual producimos conocimiento sobre la realidad social, incluidos nosotros en ella.

El intento de sugerir una clave de lectura alternativa con énfasis en el análisis de lo que subyace detrás de las distintas prácticas, procesos y expresiones a través de los cuales los diversos actores sociales se han percibido, han significado su existencia en relación con sus otros significativos y han narrado su trayectoria identitaria en diferentes configuraciones socio-históricas, constituye, sin dudas, un desafío creativo.

Significa reconocer la dinámica vincular, recursiva y dialéctica que atraviesa las conformaciones socioculturales; significa aceptar la co-existencia de múltiples *locus* de enunciación y de sujetos enunciadores, la legitimidad de la acción protagónica de todos los actores sociales, en tanto sujetos autónomos y

y la organización. Varias décadas después las dinámicas no lineales y los sistemas complejos evolutivos pudieron abrirse paso entre las metáforas y modelos científicos. Recién entonces fue posible pensar en términos de una dinámica transformadora que dé lugar a la emergencia y a la multiplicidad de modos de ensamble y organización.

¹⁰ En este aspecto, tomamos las expresiones de Alejandro Peñuela Álvarez: “las investigaciones llamadas de segundo orden sostienen que el sujeto es observador y observado, siendo él mismo un devenir de su propia observación” (ALEJANDRO PEÑUELA ÁLVAREZ, “La transdisciplinariedad. Más allá de los conceptos, la dialéctica”, *Revista Andamios*, N° 2, año 1, 2005, pp. 43-77; p. 65).

diferentes; la necesaria continuidad discontinua de los procesos de producción de sentidos en una lógica dialéctica¹¹, que integra y supera los discursos progenitores en una nueva síntesis; significa concebir el tiempo como creación, como producción de diferencias, como transformación, como devenir.

La intención es, sin dudas, en extremo ambiciosa. No pretendemos presumir sino asumir el compromiso que nos compete como científicos sociales, la de ser sujetos críticos, reflexivos y comprometidos con las problemáticas de nuestras sociedades, y a la vez, con capacidad de auto-observación y revisión de los fundamentos y de las razones del conocimiento que comunicamos.

Como cierre de este apartado, diremos que frente a las sombras que generan los discursos y enfoques que postulan el fin de lo singular, entendemos, siguiendo al sociólogo Manuel Castells, que la mundialización no comporta un proceso de homogeneización cultural en tanto las identidades socioculturales, por su *carácter sistémico, relacional, dialéctico*, operan en este nuevo escenario como anclas para poder navegar en el océano de la globalización.

LA IDENTIDAD, EN CLAVE SISTÉMICA

Si bien partimos de preocupaciones inspiradas en los profundos cambios que caracterizan la llamada “era global”, es imprescindible asumir una perspectiva histórica que tenga en cuenta la dinámica de los contextos socio-históricos en los cuales surgieron y se desarrollaron los discursos y prácticas relacionadas con los procesos de construcción de las identidades socioculturales en América Latina como territorio diverso, esto es, socialmente construido y significado, en el tiempo.

¹¹ Dada la polisemia del término *dialéctica* y teniendo en cuenta que a lo largo de su desarrollo histórico y epistemológico ha sido permeado por muchas corrientes filosóficas, es importante definir el contexto en el cual se inscribe al hablar de él. En este artículo, se entiende que el término “dialéctico” expresa la interconexión dinámica de las cosas, la universalidad del cambio y su carácter radical: todo lo que posee realidad de alguna clase se encuentra en proceso de transformación, por el hecho de que consta de factores o fuerzas opuestas, el movimiento interno de las cuales lo conecta todo y produce cambios que generan algo distinto, cuando no, superador. Esta concepción, como afirma Juan Samaja, “remite a la ontología peirceana en la cual puede identificarse el trazo del movimiento dialéctico en que vemos surgir una concepción de la representación que la entiende como instancia constitutiva de la sustancia. Sólo en el momento ontológico de la *terceridad*, la sustancia alcanza su ser pleno” (JUAN SAMAJA, *Semiótica y dialéctica*, Buenos Aires, JVE Ediciones, 2000, pp. 156-157). Y es, justamente, en esta distinción donde podemos advertir la diferencia entre la dialéctica propia de la ontología peirceana y la dialéctica de la hegeliana, en la medida en que la noción de representación supone una operación diferente de la síntesis hegeliana en lo que ésta tiene de clausurante.

En el presente estudio consideramos la globalización como contexto socio-histórico real del presente y como *locus de enunciación* desde el cual abordamos la temática referida a los procesos de construcción de las identidades colectivas (locales, regionales, nacionales) en América Latina y de sus prácticas vinculadas, atendiendo las particulares trayectorias del devenir histórico-formativo de los estados latinoamericanos. En especial, interesa mostrar las transformaciones que concurren en el campo de la producción de sentido en el devenir de dichos procesos, como referentes de la dinámica-dialéctica propia de las subjetividades socioculturales y clave para la comprensión de las relaciones sociales en el complejo entramado del mundo social.

Frente a esa sensación actual que nos confronta con la sensación de que “todo lo sólido se desvanece en el aire”, sugerimos la idea de que detrás de todos los fragmentos que nos constituyen, detrás de todas las representaciones que han venido configurando nuestra personalidad histórica, no existe una moral ni una verdad que garantice el sentido de esos fragmentos y de esas representaciones.

En efecto, con una mirada genealógica puede advertirse que lo que subyace a las representaciones históricas de Latinoamérica no es una representación auténtica de una esencia dada, sino, más bien, la presencia de aquella voluntad del actor sociocultural colectivo por reconocer significados compartidos que sustenten su auto-representación identitaria. Hablamos de ese impulso que se afirma a sí mismo sólo en la permanente negociación e interacción de significados y formas de significar de otras voluntades socioculturales, en las diferentes situaciones sociohistóricas.

Por ello, así como el concepto de “América Latina” no refiere únicamente a un área de estudios o a un espacio geográfico, tampoco se concibe que exista una identidad de contornos precisos respecto de procesos históricos y sociales. La referencia a la región configura más bien un complejo e inestable campo de debates, negociaciones, intereses, en el que conviven proyectos políticos, procesos sociales y agendas de investigación académica.

Análogo razonamiento vale para el concepto de identidad, si asumimos que todos los sistemas culturales se construyen mediante procesos continuos de interacción cultural. Entonces, los procesos de construcción de identidades y diferencias bajo condiciones continuas de interacción, implican prácticas de resignificación, re-historización y re-creación de los sentidos originales que refieren al actor sociocultural, a ciertos contenidos sociales y políticos propios de los diversos contextos socio-histórico. Supone tener en cuenta la continua lógica dialéctica por la cual el universal deviene en universales concretos, con diferentes niveles de complejidad.

Desde esta perspectiva, lo que interesa es la huella de tales procesos y prácticas de resignificación creativa en el tiempo y en diversos contextos; en consecuencia, el interés se centra, más bien, en la indagación y reflexión crítica acerca de la/s manera/s a través de las cuales se constituyó y se transmitió la huella, en cuanto objeto histórico y en cuanto componente del imaginario identitario¹² en los diversos contextos.

En el caso de la identidad, las formas de entenderla están en constante posibilidad de cambiar, de entenderse desde otra perspectiva socio-histórica; así la existencia de la identidad no sólo es *acto* –pues existe– sino también *potencia*, en tanto existe en la medida que existen comunidades que formulan y se construyen desde ella, a su modo. La identidad, entonces, no es una esencia inamovible e inmutable; sino más bien lo es en la medida que, al igual que los actores socioculturales, puede cambiar para seguir siendo, más allá de que se cambie la concepción que se tenga de ella.

La identidad no es, por tanto, un hecho en sí, algo que pueda validarse en la contrastación con otros aspectos; es un concepto que es construido por los actores socioculturales, desde sus propios lenguajes y formas, al mismo tiempo que ellos mismos se construyen. Visto así, la identidad es un concepto que sirve para nombrar o referir seres ónticos pero que como tal trasciende la semántica misma en tanto supone contextos socioculturales y temporalidades.

Sostenemos que la identidad no es un todo acabado y cerrado sino una parte de otro todo, a saber, las circunstancias socio-históricas de cada actor sociocultural en construcción. Lo dicho está íntimamente vinculado con un cierto concepto de realidad, a saber, la realidad entendida en términos de procesos evolutivos-constructivos a través de los cuales los entes se mueven en interfaces jerárquicas, cada una de las cuales refiere a un nivel de organización y a diferentes mecanismos de regulación y de significación.

Desde esta perspectiva, la identidad como sistema no es fija sino que presenta límites de significación borrosos¹³ o, más bien diríamos, porosos en

¹²“El procesamiento del sentido opera en base a distinciones, diferencias que son actualizadas en el proceso de procesar el sentido”, según FRANCISCO OSORIO (Ver FRANCISCO OSORIO (ed.), *Ensayos sobre Socioautopsia y Epistemología Constructivista*, Santiago de Chile, Ediciones MAD, 2004, p. 167).

¹³Bien vale recordar lo dicho por Kosko, como detractor de la epistemología sustentada por el positivismo lógico: “El mundo es borroso, la descripción no [...] los enunciados que hablan de hechos no son o verdaderos o falsos del todo. [...] No son bivalentes; son multivalentes, grises; son borrosos”, en KOSKO, BART, *Pensamiento borroso*, Barcelona, Editorial Drakontos, Crítica, 1993, p. 20.

tanto deviene en forma concomitante con los actores socioculturales que se conciben a través de ella, en el devenir¹⁴.

En general, diremos que la concepción de la identidad constituye una visión del mundo que surge de la concepción de un sujeto que debe definirse y responder en esa perspectiva del mundo, en donde el nosotros sólo tiene sentido y significado si se da la posibilidad de una otredad que lo reconozca. La identidad, considerada desde el punto de vista sistémico, se constituye en su diferenciación de otros sistemas en un entorno de referencia. Por ello, se puede decir que el sistema, en nuestro caso, la identidad, “es” su diferencia respecto del entorno.

Al respecto, interesa destacar el carácter relacional de las identidades, es decir como “representaciones socialmente construidas” por diversos actores en el devenir socio-histórico. Las identidades no son homogéneas ni excluyentes; las identidades son producto de procesos sociales de construcción simbólica y, por lo tanto, difieren unas de otras tanto en los atributos como en la manera en que son construidas.

Visto así, las identidades resultan ser posicionales y no absolutas y, dependiendo de la posicionalidad y de su experiencia, los actores socioculturales construyen sus discursos identitarios.

Lo dicho, llevado al plano de la investigación socio-histórica, implica tener en cuenta, por un lado, que la identidad sólo puede indagarse en la medida en que se identifiquen y definan, primeramente, las circunstancias y entornos sociales de los diferentes colectivos que conforman cada sociedad en el tiempo, dentro de un análisis que combine la comprensión diacrónica y sincrónica. Además, exige ser conscientes de que al afirmar que la identidad de cierto actor sociocultural –en cierto contexto socio-histórico– es (o era) tal, supone asumir que lo enunciado no sólo es una proposición de valor asertivo

¹⁴ Tal como hemos expresado en el trabajo recuperamos algunos postulados del enfoque sistémico que consideramos significativos a los efectos mencionados. Específicamente en relación con la identidad, entendemos que la misma puede ser tratada como un sistema dotado de algún tipo de organización o estructura y procesos (de permanencia y de dinámica). La existencia de estos dos componentes se relacionan de manera dialógica y convergente. En esta línea, los procesos de interconectividad afectan los aspectos estructurales del mismo modo que estos últimos condicionan los procesos. *La permanencia del sistema como un todo depende, en última instancia, de tal interacción* (la cursiva es nuestra).

Ahora bien, cabe aclarar que la interconectividad sistémica otorga cohesión al sistema en el tiempo sin anular el cambio dinámico, de modo que los sistemas participan de un proceso general de evolución en el que sistemas de menor complejidad pueden adquirir conformaciones más complejas. Sin embargo, dicha evolución no es indefinida, sino que está regulada por la existencia de la diferencia (otros sistemas) en el mismo contexto, donde cada uno despliega su crecimiento y pone en juego su supervivencia y el mantenimiento de su propia identidad.

sino, también, una descripción; una construcción de cierta realidad realizada a partir de lo que “refleja” esa identidad significada.

En consecuencia, el significado dado no necesariamente será la representación simbólica de la cosa en sí. Vale decir, lo que se afirme en la enunciación siempre será provisorio y su significado susceptible de ser investido de otras y nuevas conceptualizaciones.

Igual situación cabe para el concepto de memoria colectiva vinculado al de identidad colectiva: existe el concepto pero su significación deviene en forma concomitante con la construcción de sentido que completan el concepto de identidad de los actores socioculturales a lo largo del tiempo y en diversas circunstancias.

Ejemplifiquemos lo dicho en un caso hipotético: un proyecto de investigación formula como objeto de estudio la indagación y caracterización de la vinculación existente entre la memoria de las culturas andinas y su identidad étnica diferenciada en el contexto emancipatorio del siglo XIX, para delimitar o intentar determinar la diferencia de una región cultural en relación con otra, a partir de la caracterización o fijación de sus contenidos y su incidencia en los procesos ligados a la emancipación colonial y a la organización de un estado nacional.

En pocas palabras, la identidad, en su connotación dinámica, se presenta como un proceso de autonomización a través de una construcción social comunicativa.

Ahora bien, en tales procesos de reflexión y reconocimiento es necesario indagar las características del entramado complejo de producción y circulación de significados –lo que llamaríamos cierto horizonte de significación– y sus implicancias en los procesos de subjetivación. Importa no perder de vista lo relacional implícito en el concepto mismo de identidad sociocultural.

Justamente, al proponer una relación no lineal nos situamos en un nivel paradigmático en las ciencias de la complejidad. En este marco, las identidades de los actores socioculturales funcionan a modo de sistemas dinámicos, que operan dialécticamente entre el cambio y la autorreferencia. De modo que los límites entre identidad social de un sujeto (individual o colectivo) y la identidad sociocultural asumida son móviles, flexibles. Entonces, cada práctica social concreta puede ser diferente, temporal, espacial y situacional, pero conlleva el reflejo de una misma tendencia subyacente.

Para cerrar este apartado, planteamos algunas consideraciones acerca de su aplicación práctica a la investigación metodológica en el campo de las Ciencias Sociales. Entendemos que realizar este tipo de estudio desde la perspectiva expuesta, implica apropiarse de ciertos fundamentos epistemológicos,

teóricos y metodológicos que mencionamos a continuación, y ciertamente de modo acotado, dado el carácter del presente estudio.

- a) Reconocer las limitaciones epistemológicas y cognoscitivas de las perspectivas descriptivo-analíticas que tienden a paralizar los sentidos de la memoria.
- b) Asumir como un *a priori* de la investigación, que esa memoria no se constituye como una auténtica y ordinaria arqueología del pasado, sino más bien como un territorio discursivo en constante proceso de reformulación. La memoria, más bien, debe pensarse como un conjunto de saberes y prácticas fortuitos que generan identidades socioculturales y comportamientos también fortuitos, circunstanciales, producto de procesos que remiten a constantes cambios de escenarios, de campos de sentidos determinados y, finalmente,
- c) reconocer que la recopilación de tradiciones tiene importancia, pero no porque transmitan contenidos culturalmente regionales, sino en la medida en que nos remiten a una serie de sentidos que dan cuenta de que la memoria se encuentra en permanente proceso de reconfiguración, de desterritorialización y resignificación.

En definitiva, la memoria, al igual que la identidad sociocultural de los actores, subsume formas diversas de redefinición continua de aquellos valores, creencias y prácticas –percibidas culturalmente como inherentes a la mismidad– y que, en suma, preservan a los actores socioculturales de su vaciamiento de sentido frente a la irrupción de lo ignoto e innominado.

NARRACIONES IDENTITARIAS: HUELLAS, TRAZOS Y MARCAS

En el primer apartado se expusieron los aspectos fundamentales de la perspectiva sistémica que asumimos en este trabajo y su potencialidad heurística. En este apartado, se presenta un caso para ilustrar la flexibilidad de dicha perspectiva para el estudio de problemas complejos, como lo es el de la construcción de identidades.

Las identidades son una construcción relacional y contextual que se relata y que existe, justamente, en la diversidad de relatos que se construyen. Por ello, desde la perspectiva asumida, se entiende que ese vínculo entre narración-identidad no es sólo expresivo, sino constitutivo a su devenir. De modo que se concibe la definición de las representaciones sociales como referentes (enunciados verbales, imágenes o cualesquiera otras formulaciones sintéticas de sentido descriptibles y diferenciables), producidas por sujetos como formas

de percepción o simbolización de aspectos clave de la experiencia social, en la dinámica de las interacciones sociales.

En tanto unidades de sentido, las representaciones sociales organizan la percepción de la experiencia, del mismo modo en que lo hacen, por ejemplo, las categorías analíticas. Podemos pensar en ellas como las palabras o imágenes-clave dentro de los discursos de los actores; como unidades que condensan sentido, que orientan y dan significatividad a las prácticas sociales que esos actores desarrollan en relación con ellas, y que, a su vez, son modificadas a través de tales prácticas.

En esta línea, podemos decir que un componente de la construcción identitaria es la representación social del espacio que se habita. El concepto de espacio que manejamos no debe entenderse sólo en términos de una superficie física visible, como un escenario donde se desarrollan las acciones, sino, fundamentalmente, como un entorno en el cual se perfilan los límites que demarcan entidades con sentido social. Visto así, el espacio es significativo de la subjetividad: el espacio es morada, marcación de lo propio.

Importa aclarar, que se entiende que lo que hay y ha habido son distintos espacio-tiempos sociales, producto y expresión de prácticas sociales; de modo que el espacio del que hablamos no se trata de un espacio-tiempo cultural –resultado de secuencias de ideas (científicas, artísticas, religiosas, etcétera) sobre el mundo–, sino de un espacio-tiempo material, expresión significativa, a la vez que producto y soporte de las prácticas sociales de los actores socio-culturales que son reguladas por las relaciones sociales, en el contexto de una configuración socio-histórica particular.

Entre los espacios significativos se destaca la ciudad. Desde un punto de vista sociocultural, la ciudad define una forma de ser en el mundo social; su funcionalidad social se advierte en el efecto particularizador que ocasiona en los grupos: incluye y excluye. La ciudad es, por ello, referente identificadorio; en ella se desarrolla el sentido de pertenencia, y se construyen las jerarquías y asimetrías socioculturales. El sentido de pertenencia que en ella se gesta legitima la existencia social del actor sociocultural en ese *ahí mismo*.

En el apartado que sigue analizamos, mediante un estudio de caso y desde la perspectiva planteada en los apartados anteriores, la funcionalidad de la dinámica de significación del espacio urbano en el proceso de construcción de identidades de los actores socio-culturales coloniales, en el contexto socio-histórico, de conformación y fortalecimiento del estado imperial español en el área peruana.

El estudio hace foco en un ámbito complejo, la ciudad de Lima, en un período que abarca –*grosso modo*– desde mediados del siglo XVI a mediados de la centuria siguiente a partir del análisis de la obra del padre Bernabé Cobo,

Fundación de Lima (1639). En particular, nos interesa evidenciar cómo las representaciones de la ciudad y sus componentes dieron sentido a las prácticas sociales ligadas a la construcción identitaria y al establecimiento de ciertas formas de interrelación.

La introducción de un caso, aunque breve, en el presente artículo resulta útil para ponderar la dimensión dinámica, dialéctico inherente a la perspectiva sistémica explicitada, en tanto entiende que todos los discursos resultan, siempre, modificados por su propio desarrollo.

ALGUNAS PUNTUALIZACIONES PARA EL ABORDAJE DEL CASO

Al respecto, importa hacer algunas puntualizaciones. Para el caso que se presenta seguidamente, se usó como fuente principal el texto del padre Bernabé Cobo (1582-1657).

Se trata de un relato producido por un testigo / observador que como tal nos permite actualizar y reconstruir la narrativa de su experiencia, mediada por las propias contingencias y subjetividades de los otros referenciados en el texto, en un contexto de interacción en el cual la presencia del estado imperial se impone como regulador de las relaciones sociales.

Por ello, sin pretender introducir, en este artículo, el agudo debate acerca de lo que hay de verdad histórica en los relatos históricos, la selección de la fuente principal responde, ante todo, a un criterio de autenticidad. En este sentido, la indagación del texto del jesuita Cobo hace viable explicitar la dimensión legitimadora de este relato histórico sobre la acción política de ciertos actores socioculturales en el contexto de un estado imperial y, además, nos permite hacer visible una auto-representación histórica, como un esfuerzo para marcar la diferencia identitaria en una determinada situación socio-histórica¹⁵.

Para presentar el caso elegido, haremos una breve introducción rescatando algunos aspectos de la colonización americana para contextualizarlo en el tiempo histórico disciplinar. Además, el sintético panorama sirve como

¹⁵ Importa señalar que el análisis del texto de Cobo fue realizado desde el enfoque del análisis del discurso. Este enfoque postula que el texto como expresión semiótica (en todas sus formas de expresión), es producto de la acción social, en tanto ocurre en un contexto de comprensión, comunicación e interacción, que a su vez, forma parte de estructuras y procesos socioculturales más amplios. En particular, se asume que ese contexto contiene todos los componentes y atributos de la situación social en la que se inscribe el texto a estudiar, que son relevantes para su comprensión.

forma de acercamiento a la idea de que ante la imposibilidad de importar una identidad fue necesario (re)construir una nueva con raíces locales.

LA COLONIZACIÓN AMERICANA COMO EMPRESA URBANA

La conquista y colonización de las nuevas tierras implicó una empresa esencialmente urbana, pues para controlar el espacio y sus recursos (materiales y humanos) se organizó una red urbana articulada que viabilizaba la dominación; es decir, la red permitía que se realizaran los intercambios económicos, cuyos beneficios debían concentrarse en la metrópolis europea.

Las ciudades americanas, además de ser ferias, es decir, de contar con espacios especializados en los cuales se desarrollaban las transacciones y con agentes encargados de realizarlas, estaban conectadas entre sí por varias razones. Ante todo, se debe contemplar el plano sociocultural. La conexión era indispensable para la supervivencia.

En el plano fáctico, en el sistema colonial americano las ciudades estaban interrelacionadas para hacer posible el intercambio interregional de mercaderías necesarias para el sostén de sus poblaciones; segundo, para agilizar la entrada y distribución de las importaciones “forasteras” y la distribución de las mercaderías producidas localmente, y tercero, para asegurar la salida de las mercaderías exportables y las tasas imperiales o rentas reales. En efecto, aspectos como la localización, la cercanía a los recursos a explotar y a exportar y a las vías de comunicación, en pos del intercambio colonial y el abastecimiento, resultaban estratégicos¹⁶.

Ahora bien, esa red urbana se comunicaba, por los intercambios de larga distancia, con otra red mayor, con la cual conformaba un entramado complejo intercontinental, mediante el cual circulaban mercaderías y capital. De más está decir que, en este esquema, el capital se concentraba y acumulaba en las

¹⁶ El siguiente fragmento del relato de Cobo muestra la importancia de estas precauciones:

Y porque me pareció que así convenía al servicio de Su Majestad, yo tuve por bien mudar el dicho pueblo [Jauja] en esta ‘provincia de Pachacamac en el asiento del cacique de Lima, porque me pareció que está en comedio de tierra donde los dichos indios pueden servir con poco trabajo y mejor sostenerse, y por estar como está junto a él muy buen puerto para la carga y descarga de los navíos que vinieren a estos reinos, para que desde aquí se provean de las cosas necesarias de los otros pueblos que están fundados y se fundasen tierra adentro, y por estar como está el comedio de la tierra a propósito para lo susodicho.

Extraído de COBO, BERNABÉ, *La fundación de Lima*, tomo II, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, pp. 278-469. Estudio Preliminar y Edición del P. Francisco Mateos, Madrid, 1964, p. 286.

economías más desarrolladas de Europa. En el caso de la ciudad de Lima, las expresiones del jesuita Bernabé Cobo resultan contundentes:

Siendo como es Lima la corte y emporio y como una perpetua feria de todo este reino y de las otras provincias que se comunican con él, adonde se hace la descarga de las mercaderías que se traen de Europa, China y Nueva España, y desde donde se distribuyen a todas las partes que con ella tienen correspondencia¹⁷.

El carácter urbano de la empresa española en América se advierte desde las primeras disposiciones dadas por la corona a sus agentes. Entre ellas estaba aquella que establecía que, llegado a un territorio y luego de conquistarlo y pacificarlo, el capitán general debía cumplir la orden de fundar ciudades en nombre de Su Majestad. Esto constituía un acto de afirmación del nuevo dominio.

Ahora bien, las ciudades, además de ser la base física del asentamiento y de la penetración tierra adentro, conformaron el ámbito donde los agentes coloniales concretaron la colonización y organizaron una nueva vida social. Por sus funciones de mercado y de sede de las instituciones imperiales, la ciudad hispanoamericana fue, sin dudas, un instrumento central de la corona. Pero, además, constituyó un espacio de creación de discursos sobre lo social.

LA CIUDAD DE LIMA, “*TAN HERMOSA Y DE TANTA MAJESTAD*”

La impronta de las ciudades americanas mencionadas aparece estigmatizada en el caso de la ciudad de Lima, capital del Virreinato del Perú desde su fundación en 1541.

Por tradición, la fundación de todo pueblo se hacía en nombre de Dios, pues la ciudad se creaba para cumplir con la misión de enseñar a los indígenas la “verdadera sabiduría” y el culto del “verdadero Dios”. Por ello, la ciudad se erigía como “maestra de verdadera sabiduría”¹⁸. Se entiende, desde esta perspectiva, la importancia de la Iglesia, en la que coincidían el edificio y la institución que representaba el saber y un poder. Por ello, Francisco Pizarro fundaba la ciudad de Lima “en señal y tenencia de la posesión que Sus Majestades tienen tomada en estos dichos reinos”¹⁹.

¹⁷ *Ibidem*, p. 319.

¹⁸ *Ibidem*, p. 292.

¹⁹ Tanto los términos textuales como la breve cita que aparecen en este párrafo, se encuentran en *Ibidem*, p. 290.

Ahora bien, para los efectos de materializar la dominación de las colonias, lo físico también servía para dominar lo preexistente. De ahí que desde el punto de vista físico, la ciudad debía tener una forma que la distinguiera del *continuum* territorial y la hiciera reconocible visualmente. En efecto, el acto de la fundación implicaba, también, la demarcación de la planta de la ciudad, de acuerdo con el dibujo preexistente; en dicho plano se proyectaban, de manera precisa, la ubicación en el suelo de las instituciones coloniales que conformarían el foco de colonización.

En el proceso de trazado, el primer paso consistía en la demarcación de la plaza y en la edificación de la iglesia, como marca y señal de la posesión tomada en y para los reyes de España. Así, se implantaba una cruz cristiana para significar la presencia de lo que se consideraba expresión de la verdad y de lo sagrado.

A nivel sociocultural, el trazado de la ciudad ofrecía contención y brindaba seguridades: “hizo primero el Gobernador [Francisco Pizarro] dibujar su planta en papel, con las medidas de las calles y cuadras y señaló en las cartas los solares que repartía a los pobladores, escribiendo el nombre de cada uno en el solar que le cabía [...]”²⁰.

El esfuerzo por definir y demarcar un sector del territorio refiere a la necesidad que acompaña la construcción de la identidad propia: la de definir una morada. Por ello, los límites materiales que encierran el espacio de la ciudad especifican la frontera que señala el *afuera* amorfo opuesto al *adentro* significativo. En el *adentro* los agentes emigrados encontraban el entorno indispensable para sustentar su ser social:

[Francisco Pizarro] señaló a cada uno de los conquistadores y pobladores encomenderos de indios un solar, de las cuadras más cercanas a la plaza, en que edificasen sus casas, y a algunos de los más beneméritos dio dos solares [...] les dio otros muchos solares para huertas y ranchos de los indios de su servicio [...]”²¹.

Los agentes coloniales que se instalaban en la ciudad recién fundada, tendieron a revestirla de cierto carácter trascendente, práctica cultural heredada de la tradición medieval, por la cual el espacio urbano, recortado en el terreno, era concebido como significante del orden, opuesto al espacio circundante, amorfo y significante del caos: el *afuera*.

²⁰ *Ibidem*, p. 302.

²¹ *Ibidem*, p. 302.

El *acá* interno y acotado de la ciudad hispanoamericana –el *adentro*– vio reforzada esta investidura de mundo ordenado por su forma trazada e impuesta a un territorio que, sobre todo en la primera etapa de la colonización, se percibía como ajeno y hostil.

En este proceso de construcción identitaria se advierte el uso de estrategias de significación vinculadas a la representación social sobre los aspectos físicos de la ciudad.

Al respecto, cabe señalar que lo físico tiene que ver con lo construido y habitado, y esto, a su vez, remite al sentido dado a lo construido y a sus habitantes poseedores. Lo cual supone pensar los espacios socialmente organizados como ámbitos en donde se desenvuelven los procesos de construcción y recreación de la identidad.

En el caso, lo construido se erige como señal indudable que marca un *adentro* que engloba y contiene, diferente de un *afuera* extenso y ajeno. En sentido estricto, en el interior de la ciudad, lo construido imprime una división en el espacio físico de la ciudad –en el *adentro*–, creando subespacios jerarquizados que sugieren inclusiones y exclusiones socioculturales. La exclusión y la marginalización implican tanto una sanción espacial (estar en las afueras del *adentro*, por ejemplo, en los “arrabales”) como la funcionalización de marcas diferenciadoras.

Los que están en las afueras del *adentro* (la ciudad global) conforman los *otros* asimétricos; son los que los grupos dominantes –“los vecinos”– perciben como no pertenecientes a su espacio y a su mundo, que se correspondía con un espacio reconocido como “lo principal de la ciudad”. Por ejemplo, en la ciudad de Lima se puede advertir que las construcciones referidas a los otros asimétricos –“viles indios”; “gentes de servicio”, “esclavos negros”²²– implicaron una proyección topográfica de espacios estratificados; en tal sentido, se reconocían “rancherías de indios y negros” diferentes a los “edificios de españoles”²³.

La asimetría del espacio ocupado por los *otros* estaba más marcada aún porque no guardaba “el mismo concierto y uniformidad de cuadras y calles parejas” que sí regía en el espacio urbano poblado por los españoles; además, en aquella parte de la ciudad las cuadras eran “desiguales y algunas calles torcidas y otras sin salida”²⁴. Todas estas particularidades oponían el espacio “principal” –referente del “orden”– al espacio de los arrabales –referente del “desorden”– como opuestos asimétricos indisociables:

²² *Ibidem*, p. 305.

²³ *Ibidem*, p. 305.

²⁴ *Ibidem*, p. 305.

Verdad que este desorden no cae en lo principal de la ciudad, que es más de cuarto de legua de largo, sino en lo que no ha mucho tiempo eran arrabales, donde no se pensó llegaran jamás las casas de los vecinos; y a esa causa, y por ser ranchos de viles indios y gente de servicio los que comenzaron a edificar en los tales sitios, no se tuvo al principio tanta cuenta con que fuesen concertados²⁵.

El crecimiento en tamaño que había cobrado Lima hacia fines del siglo XVI, dio lugar al establecimiento de distancias cualitativas, a la creación discursiva de subespacios sociales diferenciados, más allá de la existencia o no de una contigüidad espacial. El reconocimiento de una menor o de una débil pertenencia sociocultural, devenido en síntoma de la presencia de alteridad percibida e identificada, hizo que la “vecindad” y las “personas notables” tendieran a aislar y a neutralizar la cercanía de los *otros*:

El pueblo del Cercado es un barrio de esta ciudad en que sólo viven indios, con su curato aparte, si bien cuando se fundó distaba de las últimas casas de la ciudad medio cuarto de legua, ahora, con el crecimiento que ella ha tenido, está conjunto y pegado a la misma ciudad²⁶.

Tal crecimiento rompía el equilibrio funcional concertado, previsto en la planificación, a fin de evitar disturbios como los que habían ocurrido en algunas ciudades de Europa en las décadas anteriores. Por ello, la transformación de la “figura y gesto” de Lima fueron causa tanto de admiración como de temor e inquietud. Ante el fenómeno, las autoridades imperiales ordenaron, para evitar todo disturbio desestabilizador, la presencia constante de agentes religiosos en el pueblo del Cercado –habitado mayoritariamente por mano de obra indígena– para que cumpliesen la función de “instrucción en policía y cristiandad”²⁷.

Junto con la existencia de una oposición binaria en el espacio de la ciudad se puede advertir la percepción de otras particiones y jerarquizaciones. En efecto, en el seno del espacio ocupado por la población española es posible advertir subespacios, cualitativamente diferentes. Por ejemplo, el relato menciona la presencia de “edificios públicos” y “edificios particulares”²⁸, de cuadras que conformaban lo “principal” de la ciudad, por las instituciones que albergaban,

²⁵ *Ibidem*, p. 306.

²⁶ *Ibidem*, p. 352.

²⁷ *Ibidem*, p. 353.

²⁸ *Ibidem*, p. 307.

como lo era el caso de aquellas que rodeaban la plaza principal, las de la plaza del Santo Oficio, donde estaban las casas del Santo Tribunal y las escuelas, y las de la plaza de la Universidad.

Pero también Lima contaba con calles que sólo eran de mercaderes, como por ejemplo la principal que era la que iba al Convento de la Merced, llamada “de los Mercaderes, porque toda ella está ocupada de tiendas ricas de mercaderes caudalosos”²⁹.

Lo que se llamaba la parte principal de la ciudad giraba en torno de la “plaza principal”, trazada desde su fundación. Recordemos que el gobernador Pizarro había repartido los mejores solares, que eran los que estaban más cerca de ella, a los más beneméritos³⁰.

La plaza principal como ámbito distinguido y percibido como tal por todos los habitantes de la ciudad, condicionaba, en cierto modo, daba sentido a todas las relaciones: “Las ocho calles que se desembocan en la plaza son las más principales y las de mayor concurso de la ciudad” aunque también “hay otras de gran comercio, como son las que caen a las espaldas de la plaza, por todos los cuatro lados”³¹.

En las primeras décadas del siglo XVII, la plaza limeña ostentaba “grandeza y lustre”, lo que provenía de ser “la más capaz y bien formada” entre las ciudades de la Colonia y por estar rodeada de “suntuosos edificios”³² (públicos y privados), materializaciones de la dominación imperial (control, adoctrinamiento, policía, saber, tener). Esa suntuosidad inmediata a la experiencia estaba cargada de sentidos y contenidos originales³³ pero enriquecidos, en virtud de las formas diversas de la interacción social en aquel espacio sociocultural, e invistieron a Lima de cualidades comparables, en el mismo plano, con las

²⁹ *Ibidem*, p. 309.

³⁰ Advertimos que la palabra “benemérito” se enlaza con otras como “conquistador” y “poblador”, usadas por los agentes coloniales, surgidas en el contexto de avance de conquista y colonización en tierras peruanas. Se llamaba conquistador a aquel que había participado desde la primera hora en tal empresa, que, a su vez, también devino en vecino, en virtud de las mercedes obtenidas por su participación en la empresa. En un enlace integrador podemos decir que los significados aludidos lograron una “síntesis” en el concepto de “persona principal”.

³¹ COBO, *op. cit.*, pp. 309, 310.

³² *Ibidem*, p. 281.

³³ Se usa el calificativo de “originales” en el sentido dado por M. Foucault en su obra *Las palabras y las cosas*, cuando expresa: “el nivel originario del hombre es el fondo de algo ya iniciado”, en FOUCAULT, MICHEL, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, 15^o edición en español, México, España, Argentina, Colombia, Siglo XXI, 1984, p. 343. En esta perspectiva, en lo originario se articulan una memoria poblada de múltiples experiencias, de tiempos y espacios ya institucionalizados y la existencia presente del sujeto para otorgarle un sentido válido a su concepción identitaria y a su existencia sociocultural.

atribuidas a cualquier ciudad europea. Como en todo proceso de construcción cultural, la comparación es componente indisoluble. En este caso, la comparación con las ciudades del *allá* mostraba la finalidad de resaltar la grandeza de este *acá*, tan joven respecto de los centros metropolitanos:

Es la ciudad de Lima el emporio y corte de este reino de la Nueva Castilla del Perú, y tan esclarecida por las muchas excelencias que en ella concurren que sólo le faltan los años para poder competir en grandeza y majestad con las más nobles de Europa (calidad que sin sentirse más se irá dando con el tiempo) [...] ³⁴.

Los edificios públicos, todos “suntuosos”, estaban erigidos en uno de los cuatro lados de la plaza. En uno de ellos estaban las “casas del cabildo seglar”, instituciones que materializaban el gobierno autónomo de la ciudad y también referían el poder imperial, rodeados de la cárcel con su capilla y de los “oficios” de los escribanos del Cabildo. El segundo flanco estaba ocupado por las “tiendas de los diferentes oficios”; era la calle de los mercaderes principales. El tercer lado, considerado el más “adornado y vistoso de todos” contenía los “suntuosos edificios” del sector eclesiástico: la “iglesia mayor” y las “casas arzobispales”. Finalmente, el cuarto lado estaba ocupado por las construcciones que representaban el poder imperial, es decir, las “casas reales”, “el palacio” y la “morada de los virreyes” ³⁵.

La descripción detallada de lo edificado y trazado responde a una práctica cultural; el jesuita se detiene en adjetivaciones y calificaciones positivas de lo que define como propio de Lima, porque estaba tratando las expresiones materiales más significantes, aquellas que eran portadoras de mensajes persuasivos para la comunidad: el poder político, el poder económico, el saber, el hacer. Estas expresiones textuales –en sus diversos soportes– eran, en definitiva, las que, en conjunto, regulaban las interrelaciones sociales y demarcaban un orden social para la ciudad. Quien quisiera habitar en ella, debía aceptarlo.

Para finalizar este análisis haremos dos cierres.

El primero: los actores socioculturales coloniales incorporaron –en un proceso de resignificación dinámica– a su construcción de sentido identitario una representación del espacio urbano como espacio social propio, donde interactuaban de múltiples y cambiantes maneras con sus otros significativos.

³⁴ COBO, *op. cit.*, p. 282.

³⁵ Todas las referencias textuales incluidas en este párrafo se encuentran en *Ibidem*, pp. 308, 309, 310.

El segundo: si bien el espacio urbano limeño era heterogéneo y complejo en lo social, puede advertirse una relación de carácter estructural pero dinámico que impide la desintegración de las identificaciones socioculturales realizadas y expuestas (lo común, lo propio / lo ajeno y lo lejano / lo cercano). Tal permanencia, aunque polisémica y pluritemporal, se materializó en la construcción de una conciencia de pertenencia a la ciudad, espacio que se experimentó y percibió como significativo para marcar esos límites necesarios para resguardar la propia mismidad.

COROLARIO AL CASO

Tal cual se ha advertido mediante el caso expuesto, en la construcción de la identidad de los actores socioculturales puede operar como componente de aquella construcción, aquellas representaciones sociales que refieren a la pluralidad de espacios que han habitado, sucesiva o alternativamente en el tiempo y de diferentes formas, tales actores y sus alteridades percibidas en la interacción en cierta situación socio-histórica.

Por lo tanto, es viable el uso del espacio que se habita para captar las formas en las que se produce y reproduce la identidad, en tanto que implica una representación y una práctica de pertenencia a un cierto lugar a partir de las cuales se definen los límites de un espacio que, desde el punto de vista de los actores socioculturales, posee una identidad que lo distingue de otros territorios. Las fronteras de ese espacio, como construcción social, se precisan con las delimitaciones geo-políticas históricamente definidas en un proceso complejo que combina la biografía y la historia personal, los acuerdos colectivos sobre el sentido de esa identidad y los intereses diversos, en tensión o en conflicto, de los actores sociales interesados en definir el sentido de pertenencia o exclusión, o los usos que se hagan de ese espacio.

El itinerario propuesto no es más que una invitación a descubrir o a re-descubrir puntos de anclaje (por provisorios que sean), a conocernos mejor a nosotros mismos en relación con los otros, siempre en términos relacionales, con un cierto entorno (cualquiera sea la significación que a este concepto se otorgue en el marco de una investigación).

REFLEXIONES FINALES

Los desarrollos precedentes nos permiten realizar algunas integraciones básicas:

- El concepto de identidad reúne la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, sólo está dado y se hace experimentable por el concepto. Su función semántica supera los contenidos que refiere y el contexto en que se inserta.
- La identidad es *un estar siendo continuo* que cobra sentido sólo si hay sujetos concretos que se construyen, de formas diversas según las circunstancias, como actores socioculturales singulares si se da la posibilidad de reconocer una otredad.
- La identidad latinoamericana, como la identidad peruana, o la argentina, la paraguaya o la chilena, son constructos imaginarios; paradigmas socio-temporales que vienen construyéndose *en y durante* el devenir.
- Dado el carácter sistémico-dialéctico de tales constructos imaginarios, los actores socioculturales pueden concebirse como un *nosotros diferenciado* al mismo tiempo que les permiten dotar de sentido a su presente, vincularlo tanto con un pasado que se percibe común y que pervive –aunque esté en permanente resignificación– como un proyecto de futuro. Con estos insumos los actores sociales pueden identificarse entre sí con un *nosotros* que los distingue de los *otros*, y concebirse como sujetos protagónicos, sujetos de acción.
- La importancia de la interacción, en la que se ha puesto énfasis, radica en que la construcción de las identidades no responde solamente a la voluntad de ciertos actores socioculturales, sino a una confluencia de voluntades con otros actores, lo cual no hace más que indicar la lógica vincular de dichas construcciones.
- Considerando que la cultura se presenta como producto de relaciones sociales desde las cuales se transmiten significados y visiones individuales y colectivos, resulta necesario abocarse al estudio de la producción de significados ligados a la dinámica de la reconstrucción permanente de identidades, como una práctica que se despliega en el marco de configuraciones sociales interactivas que devienen.

Finalmente, consideramos que la perspectiva sistémica presentada nos invita a repensar la relación consigo mismo, con el otro, con el medio de vida. Nos insta a develar la invisibilidad que subyace en toda construcción de sentido y práctica de identificación, esto es, la lógica vincular, dinámica y progresiva como horizonte de sentido y significación, y como condición de posibilidad existencial y de conocimiento.

Aquí radica la potencialidad de la mirada sistémica, que nos brinda las herramientas para dar respuestas y recursos para recrear las identidades so-

cioculturales, formular proyectos colectivos y, sobre todo, la posibilidad de reescribir, creativamente, un futuro no lineal sino abierto, en donde todos los sujetos y sus entornos significativos y dinámicos estemos incluidos.